

En un viaje

Julia Viejo Sánchez

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno. Mi hermano dibujaba viñetas en el vaho del cristal, y yo miraba al frente por un resquicio, hipnotizada por la rectitud de las líneas de la carretera y haciendo esfuerzos sobrehumanos para no marearme. Entre nosotros dos se alzaba una barricada de cajas y bolsas que dividía el coche en dos países: la isla que habitaba él, donde reinaba mi madre; y el páramo que incluía mi mitad del coche, liderado por mi padre.

De pronto me acordé, como siempre sucede en un viaje, de que me había olvidado algo en casa. Pero no recordaba qué era exactamente. Mi estómago empezó a encogerse y me giré hacia mi hermano en busca de una solución, un consuelo, una mirada. Pero él siguió absorto en el arte del vaho. Mi madre murmuraba tras las cajas la letra de la canción que estaba sonando en la radio, tarareando cada verso hasta el final, donde completaba la rima con las palabras que se sabía. Mi padre aceleró y empezaron a sudarme las manos.

Entre las piernas me habían colocado el retrato de mi abuelo muerto, el padre de mi padre, que había sido capitán y poseía la autoría de casi todas las frases que dictaban nuestros preceptos familiares. El marco tenía una placa dorada con una inscripción que llevaba todo el trayecto rozándome las rodillas sin parar. Me acomodé en el asiento como pude entre los bultos.

—¿Qué estás haciendo?

El tono de voz de mi padre me hizo desechar la idea de cambiar de postura. «Egregia estirpe feraz, a ti mi vida confiero». Las rodillas me escocían. Mi hermano y yo teníamos que repetir la frase y darle un beso al abuelo todas las noches antes de dormir. Nunca supe lo que significaba, pero cada vez que la pronunciaba se me ponían los pelos de punta, como cuando salíamos de la bañera en invierno y entraba el aire por la rendija de la ventilación.

Volví a fijar la vista en las líneas de la carretera, blancas, limpias, infinitas. El sol derretía las amapolas que crecían salvajes en el arcén. Entonces vi la torpe silueta de un jabalí que corría solo a lo largo de la carretera. Envuelto en un halo de desesperación animal, parecía estar huyendo de algo, o quizás persiguiendo a alguien que hacía rato que le había dejado atrás. Las flores que

iba pisoteando se le pegaban en las pezuñas, y hacían que se tropezara con los matojos más grandes. Pegué la nariz al cristal, y al girarme el corte de mis rodillas se hizo un poco más profundo. Tomamos una curva, el jabato desapareció y a mí me entraron unas repentinas y odiosas ganas de llorar.

Mi padre me observó por el retrovisor y apagó la radio.

—¿Y a ti qué te pasa?

Me mordí los nudillos. En el pecho guardaba un nudo que empezaba a deshacerse sin mi consentimiento. Me quemaba la garganta, y el cuadro, las rodillas. Mi padre gritó en un idioma extraño. Desde el país de la isla vacía de conflicto me miraban con pena sin mover un músculo. Las lágrimas me resbalaban junto a la sangre de las piernas y empezaron formar churretes también en el cuadro de mi abuelo muerto.

Como por orden divina, abrí la puerta y me lancé al asfalto. El impacto de la caída me cortó el llanto y me dio impulso para echar a correr. Los neumáticos del coche chirriaron a mi espalda. Solo tenía que seguir las líneas blancas, delgadas, a veces imperfectas, que me indicaban el camino a ningún lugar o tal vez a alguno que aún desconocía. La alargada sombra de mi padre se iba aproximando más y más, y cuando estaba a punto de alcanzarme recordé, de pronto, lo que me había dejado en casa.